

SAKYO KOMATSU

JAPAN SINKS

EL HUNDIMIENTO DE JAPÓN

EL HUNDIMIENTO DE JAPÓN

Sakyo Komatsu

Traducción de Daniel Aguilar

minotauro



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Nippon Chimbotsu by Sakyo Komatsu
Copyright © 1973 by Sakyo Komatsu Library

Publicado por primera vez en Japón en 1973 por Kobunsha Co., Ltd., Tokyo
Derechos de la traducción al español negociados con la Sakyo Komatsu Library
a través de Japan Foreign-Rights Centre/Ute Körner Literary Agent, S.L.U.

Traducción: © Daniel Aguilar, 2023
Prólogo de Shinji Higuchi, © 2023
Mapa de Fernando López Ayelo, 2023

Revisión: El Taller del Llibre

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta, a partir
del diseño original de Dover Publications
Primera edición en Colección Booket: noviembre de 2025

Depósito legal: B. 18.416-2025
ISBN: 978-84-450-2126-2
Impreso en España

CAPÍTULO I

LA FOSA DE JAPÓN

1

En la estación de Tokio, el vestíbulo de la salida de Yaesu, que da al este, se encontraba, como de costumbre, atestado de gente. Se habían dispuesto aquí y allá cortinas de aire y en todo el recinto funcionaba el aire acondicionado, pero todo aquello apenas servía para disipar el vapor cálido y pegajoso que exhalaba la sudorosa piel del tropel de jóvenes que se dirigían al mar o a la montaña, o de la gente que se apresuraba a tomar sus trenes para regresar a su pueblo natal durante el periodo de vacaciones de la fiesta de Difuntos.

Mientras se enjugaba el sudor de la barbilla con el dorso de la mano, Toshio Onodera torció el gesto y echó una mirada a su alrededor.

Durante la temporada de las lluvias¹, como si el tiempo hubiera retrocedido tres meses, hizo un frío inusual y el Servicio Meteorológico pronosticaba un verano fresco, pero, casi al tiempo que finalizaban las precipitaciones, de pronto comenzó a elevarse salvajemente la temperatura y estos últimos días nunca bajaba el termómetro de los treinta y cinco grados, un calor anormal. En Tokio y Osaka mucha gente enfermaba por culpa de las temperaturas e incluso había ya muertos. Además, para no variar, no parecía que se fuera a poner solución a la habitual escasez de agua de todos los veranos.

Faltaban todavía siete u ocho minutos para que llegase su tren. Onodera, sin ánimos para meterse en la abarrotada cafetería que parecía despe-

1 Suele durar alrededor de un mes; en Tokio, de finales de mayo a finales de junio.

dir una bocanada de vapor como las de las cacerolas al fuego, se limitó a deambular de un lado para otro abriéndose camino entre las riadas de gente. Los cuerpos de las personas con que se cruzaba, sin excepción, estaban calientes como un brasero y pegajosos por el sudor. Un oficinista en manga corta, de corpachón rechoncho; una mujer provinciana de mediana edad, regordeta y vestida con su mejor traje pero con zapatos de talón desgastado, que caminaba tambaleante con un montón de equipaje. Una chica de unos veinte años con el rostro congestionado como un pulpo hervido, unas gotas de sudor en la punta de la nariz, pechos y trasero demasiado prominentes, que vestía una camisa a rayas horizontales desiguales y un pantalón de mezclilla cortado por las rodillas, cubriéndose con un sombrero de paja cancan y con un elegante lacito en el pelo... Cuando Onodera pasó al lado de esta última, le asaltó el olor de su cabello sudoroso y el salvaje tufo de sus sobacos.

«Mientras voy apartando a todos estos tipos, seguro que mi cuerpo, al igual que el suyo, se vuelve más pegajoso y apesta cada vez más a sudor. Incluso puede que, mezclado con el olor de mi sudor, se distinga también ese otro olor dulzón de la ginebra que bebí a caños anoche por no poder conciliar el sueño». Caminaba hastiado, pensando este tipo de cosas, cuando vio que había llegado junto a un dispensador de agua refrigerada pegado a la pared. Entonces le pareció que, de un modo inconsciente, se había dirigido hacia allí porque deseaba un trago de agua fresca e inclinó el cuerpo para acercar la boca al pequeño grifo. Pisó el pedal y comenzó a brotar un chorrito de límpida agua.

Sin embargo, Onodera no bebió el agua. Había inclinado la cabeza para beber y ya tenía la boca a medio abrir, pero en ese momento la vista se le quedó clavada en la pared que había tras el dispensador de agua.

Por esa pared corría una fina grieta vertical. Era tan estrecha que apenas se advertía, pero, trazando un suave zig-zag, se alargaba hacia arriba, hasta donde se perdía la vista. La parte de abajo quedaba oculta por el dispensador de agua. El desnivel entre la superficie a la izquierda y a la derecha de aquella grieta resultaba evidente. Más de un centímetro. Quizá un centímetro y medio.

—¿Ha terminado usted? —dijo una voz a sus espaldas con cierta irritación.

Detrás suyo esperaba un hombre alto y de anchos hombros, tocado con un sombrero vaquero de alas anormalmente grandes. Onodera echó un trago a toda prisa y se apartó de la fuentecilla.

—Usted perdone, adelante.

Entonces, cuando se apartó para ceder su sitio al hombre, este se movió a su vez como cortándole el paso. Onodera, con un respingo de sorpresa, levantó la vista hacia ese hombre que le sacaba una cabeza.

—¡Ey! —exclamó el hombre alargando acto seguido hacia él una manaza como un guantelete, que puso sobre su hombro con energía.

Bajo la sombra que proyectaban las grandes alas del sombrero, un rostro muy bronceado por el sol dejó ver una blanca dentadura que le sonreía.

—Anda... ¿eres tú? —sonrió Onodera pasado el susto inicial.

El hombre, Rokuro Go, movió la nariz como si olisqueara.

—De resaca, ¿eh? Ahora me explico que bebieras agua de esa manera, boqueando como una carpa.

—No, no es eso —protestó Onodera—. Aunque es cierto que resaca sí tengo...

Go, sin pararse a escuchar lo que le decía el otro, dobló en dos su cor-pachón y se inclinó sobre el grifo de la fuentecilla. Viéndole beber, uno pensaría que se iba a beber todo el contenido del tanque de una sentada.

—¿A dónde viajas? —le preguntó Go volviéndose hacia él mientras su manaza restregaba la boca de lado a lado para eliminar las gotas restantes.

—A Shimizu —contestó él.

—¿Otra vez eso? —inquirió Go mientras juntaba los dedos de la mano derecha con las yemas volteadas hacia arriba y hacía un movimiento brusco hacia el suelo imitando un rápido descenso.

—Sí, bueno, más o menos. ¿Y tú?

—A Hamamatsu. ¿El próximo tren?

—Parece que vamos juntos, entonces —dijo Onodera mostrando su billete.

—Vamos, debe estar a punto de entrar en el andén —avisó Go mientras echaba un rápido vistazo a su reloj. Por cierto, ¿qué significa lo de que «no, no es eso»?

—¿Cómo?

Onodera, sin saber a qué se refería Go, le miró confuso.

—Antes, cuando te he preguntado si bebías agua de esa manera porque tenías resaca, me has contestado «no, no es eso», ¿verdad?

Onodera recordó con una sonrisa.

—Ah, ya caigo. Lo que quería decir es que no había estado todo el tiempo bebiendo, solo eché un trago después del sobresalto que me causó tu voz.

—Bueno, entonces, ¿qué hacías? Pasaste un buen rato allí inclinado junto al grifo. De hecho, ya me estaban entrando ganas de darte una patada en el culo.

Onodera señaló la pared.

—Esto de aquí. Estaba mirando esto. Aunque pertenece más bien a tu campo.

—Hmm...

Go alargó uno de sus gruesos y huesudos dedos y tocó la grieta.

—¿Esto? Todavía no es gran cosa.

—¿Tú crees? Un profano como yo no tiene mucha idea, pero ¿crees que se debe a algún terremoto?

Go frunció el entrecejo.

—No sé... Solo he dicho que no me parece gran cosa. Vamos de una vez. Ya llega nuestro tren.

—Así que Hamamatsu. ¿Vas por trabajo?

Una vez relajado en el bar del tren, con un refrescante aire acondicionado que le hizo volver a sentirse humano, Onodera lanzó la pregunta mientras tomaba su cerveza.

—La obra aquella, ya sabes —respondió Go terminándose la segunda cerveza y haciendo una mueca exagerada con esa cara tan bronceada que parecía de cuero.

—¿La del superexpreso Linear, el de nueva tecnología?

—Esa misma. No cesa de surgir un problema tras otro y los trabajos iniciales para el tendido de las vías no avanzan.

—¿Qué tipo de problemas?

El tren arrancó y el paisaje al otro lado de la ventana comenzó a desplazarse. Durante unos momentos, la atención de Onodera se vio atraída hacia el exterior.

En el instante en que arrancó el tren, solo en ese instante, la visión de aquel polvoriento y atestado andén, de los rostros de la gente sofocados por el calor, pareció algo indeciblemente hermoso.

—¿Que qué tipo de problemas?

Onodera se giró hacia Go. Este, que hasta hace unos momentos vaciaba un vaso de cerveza tras otro a largos tragos, por algún motivo había dejado de beber, y ahora aferraba con fuerza el vaso mirando fijamente cómo la espuma desaparecía poco a poco. Sin apartar la vista de su cerveza, siguió hablando.

—Pues verás, de todo tipo. No quiero entrar en detalles, porque no nos conviene que se difunda todavía. Si los periódicos se enteran, no pararán de acosarnos. Confórmate con saber que hay bastantes problemas.

Onodera no quiso insistir más y se echó en el vaso la cerveza que quedaba en la botella.

—No puedo creer que en las mediciones iniciales se cometieran tantos fallos —farfulló Go en voz baja—. En ese tramo, prácticamente hay que volver a medirlo todo. En algún otro lugar también se da el mismo problema, y lo peor son los puntos donde las medidas han cambiado mientras avanzaban las obras.

—En suma, lo que quieres decir es que...

—No es nada del otro mundo. Pero, si quieres saber mi opinión, no puedo quitarme de la cabeza la idea de que últimamente todo el territorio de Japón está temblando. Como si fuera gelatina...

—Ah, ya entiendo —asintió Onodera—. Ahora que recuerdo, fuiste tú quien fabricó el dispositivo de medidas de precisión, con todo aquello del fenómeno de la resonancia, ¿no?

—¿Tomamos otra botella, o volvemos a los asientos? —preguntó Go tras echar una ojeada al bar y ver lo lleno que estaba—. Por cierto, ¿cuál es tu asunto? ¿Se ha hundido un barco en Shimizu o algo así? En estos días tan calurosos, el tuyo me parece un trabajo envidiable.

Onodera sonrió con amargura.

—No tiene nada de envidiable. Voy a subir a un barco de guardacostas y navegaremos hacia el sur. Durante ese tiempo, me encargaré del mantenimiento de aquel batiscafo, el Wadatsumi, ¿recuerdas?

Go se levantó de la silla.

—¿A dónde vais? ¿Hasta qué punto del sur?

—Pues un punto al sudeste de Torishima y un poco más al norte del archipiélago de las Ogasawara. Porque parece que ha desaparecido una isla...

Go se detuvo en la salida y se giró hacia Onodera.

—¿Una erupción volcánica?

Onodera movió la cabeza negativamente mientras apoyaba la mano en las anchas espaldas de Go para empujarlo hacia fuera.

—No ha sido una erupción volcánica. Simplemente se ha hundido de pronto en el mar, sin más.

Onodera se separó de Go en la estación de Shizuoka y abandonó el tren expreso para transbordar a la línea Tokaido ordinaria.

Al llegar al puerto de Shimizu, los barcos atuneros ya habían zarpado y sobre la popa del patrullero Hokuto del Servicio de Guardacostas habían terminado de cargar el batiscafo, que estaba cubierto por una lona.

Yukinaga, profesor adjunto de la Universidad M de Geología Marina, agitó la mano al reconocer la figura de Onodera.

—¡Hola! Lo siento, oí que estabas de vacaciones...

—¿Pero ya salimos?

Onodera miró el reloj un tanto sorprendido al escuchar el ruidoso cabrestante, el entrechocar metálico de las cadenas y el vibrar de la sirena. Todos en cubierta parecían trabajar con prisas.

El profesor Yukinaga le contestó mientras paseaba la vista por el muelle.

—El barco va a adelantar su hora de salida. Porque si los periodistas se enteran de que el batiscafo Wadatsumi va a entrar en acción, acudirán a fisgonear.

Onodera soltó una carcajada.

—Seguro que ya habrán ido al barco de observación meteorológica. El periódico A siempre muestra una gran pasión por este tipo de cosas. Al parecer, han alquilado una avioneta civil y han efectuado un reconocimiento.

El profesor frunció el entrecejo. Debía tener una constitución anormal porque, a pesar de dedicarse a la geología marina y desplazarse cada dos por tres en barco, curiosamente, no estaba moreno.

—Qué exagerados... No creo que se trate de algo que merezca todos esos esfuerzos. Y, aunque vayan allí, no se pueden conocer las causas al momento.

—Bueno, es que con el verano también andan resacos de noticias —apuntó Onodera—. Que si un calor abrasador día sí día también, que si la gente que viaja al mar o a la montaña, que si la escasez de agua... Si solo hay eso, los lectores también se cansan.

Deslumbrado por el sol, el profesor Yukinaga entrecerró los ojos y murmuró:

—Siendo así, si se enteran de las dificultades de las obras del nuevo tendido del tren exprés, armarán un auténtico escándalo...

—¿Eh? ¿Lo sabías?

Onodera hizo un gesto de sorpresa y miró el blanco rostro del profesor. Este contestó en voz baja:

—Me ha llegado la información. Por lo visto han encargado un examen secreto del lugar a un geólogo que es amigo mío. Espero que se trate de una particularidad rara de aquellos terrenos y se pueda solucionar en el ámbito de las capacidades tecnológicas de la obra. Si por ese problema los rumores se extienden...

Onodera asintió.

—Sí, cierto. Si alguien lo relaciona con los síntomas de una posible erupción volcánica en Amagi, el asunto no terminará fácilmente.

En ese momento, el profesor Yukinaga alzó la mano en un saludo. Por el suelo de hormigón del muelle, dando saltos como una mosca dorada, correteaba una ancha y gruesa figura humana que se iba enjugando el sudor. Aquel hombre golpeó con su equipaje contra uno de los postes donde se colgaban las redes y estuvo a punto de resbalar al pisar uno de los peces caídos en el muelle, pero, aun así, consiguió llegar hasta el barco.

El profesor se echó a reír y le gritó:

—¡Venga, dese prisa! El barco sale ya.

El hombre gordo gritó a su vez:

—¿Dejándome a mí aquí? Ah, pues si queréis, adelante. Yo os seguiré nadando.

—Bueno, bueno —dijo el profesor mientras alargaba la mano para coger el equipaje del hombre que se apresuraba por la pasarela—. Onodera, este es el profesor Tadokoro.

Onodera asintió.

—Oh, el experto en vulcanología submarina... Mi nombre es Onodera, de la compañía Kaitei Kaihatsu (Explotaciones Submarinas).

—Para ser precisos, mi especialidad es la geofísica —puntualizó el doctor Tadokoro—. Lo que pasa es que, como me dedico a tantas cosas, al final me conocen por las más raras.

El doctor Tadokoro dejó tirado el resto de su equipaje en la cubierta y se fue hacia la lona de popa. Entonces, se agachó para mirar por debajo y dio unos golpes con la palma de la mano en la plancha de acero del flotador de aquel vehículo similar a un submarino.

—Así que este es... El batiscafo que tenéis en vuestra compañía. La de veces que le he pedido a tu jefe, el director de gestión Yamashiro, que me permita subir en él y nunca me ha dejado...

En el rostro de Onodera lució una amarga sonrisa.

—Hay que entender que tiene muchos novios... Dentro de poco estará terminado el Wadatsumi II y entonces haremos un plan de turnos para que sea más fácil acceder a sus servicios.

—Tiene un diseño como el del Arquímedes, así que debería poder descender hasta los diez mil metros. ¿No es así?

El doctor Tadokoro se frotó la barbilla, de tonos azulados por estar mal afeitada, mientras miraba a Onodera con ojos perspicaces.

—Es un desperdicio dedicar una máquina como esta para estudiar las corrientes marinas o los arrecifes de los peces. Es como usar un hacha de cocina para cortar un filete de pollo.

—Esta es una nave un tanto particular, en la que el nivel de profundidad y el tiempo de inmersión están correlacionados —explicó Onodera acariciando el batiscafo—. Hasta quinientos metros de profundidad, puede pasar sumergida sin problemas un día entero. Pero, si pasa de los dos mil, el tiempo de inmersión disminuye de golpe. Además, el sistema de lastre, por ejemplo, está ya un tanto deteriorado. Por eso me han advertido que hasta que no finalice por completo la investigación no descienda a demasiada profundidad. Con la nave número II supongo que ya no tendremos esos problemas.

—¿Cuántas veces has bajado al fondo del mar?

—Hasta los nueve mil metros, unas cuatro veces y a más de diez mil solo dos. No sentí ningún peligro en particular...

—¿Sería posible descender hasta el abismo de Vitiaz?? —preguntó el doctor con una sonrisa.

—Quizá con el número II... Además llevará un dispositivo de toma de muestras —respondió Onodera.

El doctor Tadokoro, como si de pronto se le hubiera ocurrido algo, se apartó del Wadatsumi y dijo:

—Yukinaga, ven conmigo. Quería comentarte una cosa...

El doctor puso la mano en el hombro del profesor adjunto como si lo abrazara y se metieron juntos en el camarote, dejando solo a Onodera junto al Wadatsumi. Pasó un oficial que iba comprobando la identidad de los pasajeros y, al terminar, el Hokuto hizo sonar su sirena de salida. Se soltaron las amarras y en la popa del buque comenzó a bullir una blanca

2 Enclave de la parte sur de la fosa de las Marianas, que debe su nombre al buque de observación soviético Vitiaz, que lo descubrió en 1957. Su profundidad es de 11.034 metros.

espuma. El patrullero de novecientas cincuenta toneladas, pintado de azul pálido, se apartó del malecón dando sensación de gran agilidad. Fue una partida más bien sobria, con apenas unas pocas personas en el muelle agitando las manos a modo de despedida.

Solo en cubierta, Onodera sacó de su maletín unos faxes recibidos de la sede central con instrucciones acerca del cuidado del Wadatsumi y se puso a revisarlos. No parecía haber gran cosa. Podía hacer los ajustes necesarios para la puesta a punto una vez estuvieran en mar abierto o al atardecer, cuando refrescase.

En ese momento, acercándose desde la proa, apareció un hombre menudo con una pipa de maíz apagada en su boca.

—¡Anda! —exclamó Onodera con sorpresa—. ¿Tú también a bordo?

—Me parecía que solo con las instrucciones no sería suficiente... —respondió el otro con una sonrisa nerviosa.

El hombre menudo era Yuki, que manejó el Wadatsumi la última vez que fue utilizado. Prosiguió:

—Total, aunque me quedara un tiempo en tierra, lo único que iba a hacer es pasar calor. Te echaré una mano con esos ajustes.

Onodera alzó la vista hacia el Wadatsumi.

—Creo que lo tendremos en condiciones antes de llegar a Hachijojima. Podrías volver desde allí en avión. Estarás cansado, ¿no?

—Bueno, no sé yo... —Yuki dio unos golpecitos con la pipa de maíz en la barandilla del barco y escupió—. Este barco es bastante rápido y llegaremos a Hachijojima enseguida. Además, hasta que no desmontemos el mecanismo de modificación de paso de la segunda hélice no sabremos lo que nos vamos a encontrar. En sentido inverso no gira bien.

Onodera examinó la parte inferior del vehículo.

—Escuché algo sobre unos raspones en la góndola. ¿No hay problema con eso?

En la barquilla de aquel batiscafo con forma de submarino había una góndola de observación resistente a las altas presiones y aspecto de ser muy pesada³. De forma ovalada y con capacidad rotatoria, estaba fabricada con una aleación de acero martensítico rica en molibdeno.

—El raspón fue en un lateral. Pero no es gran cosa. Una de las ventanas laterales se rayó un poco, pero he traído recambios de ese plexiglás.

A petición de la Cooperativa de Pescadores de Shizuoka, el Wadatsumi

3 El modelo que toma el autor parece ser el llamado Batiscafo Trieste, del suizo Piccard.

acababa de realizar una inspección submarina en la región marítima de Senoumi. Debido a ello, en una afortunada coincidencia, había sido transportado por un gran barco de arrastre hasta el puerto de Shimizu. Entonces llegó desde las islas del sur la noticia del hundimiento de una de ellas y enseguida un barco de observación meteorológica fue enviado a la zona con un equipo de investigación compuesto en su mayor parte por personal de la Agencia Meteorológica. Según Yuki, la idea de pedir que el Wadatsumi se sumara a esta expedición inicial al parecer partió de cierto oceanógrafo con mucha influencia en la Agencia de Ciencia y Tecnología.

Onodera, con el cuerpo azotado por la fuerte brisa marina, escrutó el rostro del menudo Yuki.

—¿Has escuchado alguna otra novedad desde entonces? Dicen que últimamente las administraciones andan bastante nerviosas con los síntomas de actividad en la cadena volcánica que va desde el monte Fuji hacia la península de Izu. Y parece que por eso no le dan demasiada importancia a que se haya hundido una pequeña isla deshabitada.

—El caso es que no estaba completamente deshabitada —adujo Yuki con un gesto serio en su cansado rostro—. Dicen que había unos pescadores micronesios, que de vez en cuando usaban la isla como refugio cuando soplaba demasiado viento.

—Entonces, esa gente... ¿Han sido testigos del fenómeno, o, mejor dicho, lo han experimentado? ¿Se han salvado los que estaban en la isla? —preguntó Onodera sorprendido.

—Así es. Aquella noche también había un pesquero japonés varado cerca de la isla. Según he escuchado, rescató a los otros pescadores y ahora están en el barco de la expedición de investigación —contó Yuki mientras se sentaba en unos rollos de sogas.

Onodera le puso una mano en el hombro.

—Tienes mala cara, hombre. ¿Por qué no descansas un rato en el camarote? De todas formas, hasta el atardecer no vamos a empezar con las reparaciones.

—Creo que deberíamos empezar antes. Supongo que no lo sabes, pero este barco va a toda pastilla, una media de veinticinco nudos. Más o menos igual que un destructor.

—En cualquier caso, la inmersión no será hasta mañana, ¿no? Venga, descansa.

Onodera cogió del brazo a Yuki y tiró suavemente de él para ponerle en pie sin mayor esfuerzo. Yuki se tambaleó e hizo un comentario jocoso:

—Maldición, por culpa de aquella bombona de aire creo que he aspirado demasiado helio. Bueno, como quieras, pero del contacto a bordo me encargaré yo.

3

El Hokuto continuaba navegando a buena marcha hacia el sur y las reparaciones del Wadatsumi que, haciendo caso de las palabras de Yuki, Onobera había comenzado cuando todavía pegaba el sol directamente, también avanzaban sin problemas. Cambió la pieza del dispositivo de modificación de paso de hélice, terminó de revisar el motor y sustituyó la ventana de plexiglás en forma de cono truncado por una nueva. Además, revisó a conciencia el interruptor magnético del sistema de liberación de lastre, que siempre se veía afectado cuando se trataba de grandes profundidades y, tras deliberar el asunto con Yuki, redujo la cantidad de bolas de acero de un tanque que le pareció poco seguro y, a cambio, lo sujetó bien con dos cadenas de las que se usan para los lastres auxiliares del fondo de la nave. Ahora bastaba con ajustar la cantidad de gasolina que iría en la barquilla de abajo para que, en principio, la capacidad de descenso fuera más o menos efectiva aun cuando antes de alcanzar el fondo marino se abriera alguna de las tapaderas de los tanques de lastre y se perdiera cierta cantidad de bolas de acero.

Yuki resolvió en un periquete el farragoso cálculo de la cantidad de bolas de metal para el lastre y de la gasolina, valiéndose únicamente, como de costumbre, de una simple regla de cálculo.

Por la tarde, cuando ya estaban en las proximidades de Hachijojima, recibieron comunicación de que la nave nodriza de la central, Tatsu-mi-maru, debía reunirse con ellos en esa isla. Se había adelantado e iba camino del lugar de los hechos, por lo que el Hokuto, sin recalar en el puerto, continuaría navegando también.

El capitán, un hombre que todavía conservaba en su rostro rasgos de adolescente, se acercó a ellos.

—Vamos un poco a marchas forzadas, ¿no habrá problema? Parece que, afortunadamente, el ciclón tropical se desvía hacia el este, pero a partir de ahora tendremos fuerte marejada. ¿Puede afectar a las reparaciones?

—No hay problema —contestó Onodera—. Ya solo falta bajar el batiscafo al mar y hacer dos o tres pruebas.

—Pues yo creo que sí puede haber problemas —adujo Yuki mirando con la mano sobre los ojos a modo de visera hacia los contornos de la isla de Hachijojima, que quedaba a unos cinco kilómetros.

—¿Qué es eso?

—Hay un mensaje —interrumpió el operador de comunicaciones asomando la cabeza—. Llega un helicóptero del periódico A desde Hachijojima. Pide dejar a bordo un pasajero que nos acompañe.

El capitán se encogió de hombros alicaído y se volvió hacia Onodera.

—Bueno, bueno... Me temo que nos han olfateado...

—En cualquier caso, hacen las cosas por todo lo alto. Ya podían haber venido remando en una piragua... —murmuró Yuki mientras alzaba la vista hacia el helicóptero que ya estaba sobre ellos y comenzaba a volar en círculos de manera harto ruidosa.

El capitán ordenó detener el barco. El helicóptero se paró sobre la popa y comenzó a descogarse un hombre aferrado a un cable. Antes de que completara el descenso, el viento levantado por el helicóptero hizo volar el sombrero del hombre y el estuche que llevaba colgado al hombro cayó sobre cubierta.

—¿Le parece bien hacer las cosas a la fuerza? —le espetó el capitán con rostro malhumorado.

—Si me hubiera limitado a pedirlo, se habrían escabullido, ¿no?

El joven periodista, de pómulos prominentes, se rio despreocupadamente y prosiguió:

—Parece que ha muerto gente, ¿verdad? Y además, veo que llevan ustedes el Wadatsumi. ¿Es para recoger los cadáveres?

—Hasta donde he oído, no ha muerto nadie. En cuanto al Wadatsumi, nosotros no sabemos nada. Este barco se limita a transportarlo al lugar de los hechos.

El capitán se dio media vuelta.

Entonces el periodista se dirigió a Onodera y Yuki.

—¿Ustedes son los tripulantes del Wadatsumi? Vamos, denme alguna información. Saben ustedes algo, ¿no? ¿Por qué demonios se ha hundido aquella isla?

Onodera se encogió de hombros.

—Pues no tenemos ni idea. Eso precisamente es lo que hay que investigar. Nosotros nos limitaremos a manejar ese vehículo. Descenderemos hasta la profundidad que sea necesaria y son los investigadores especializados quienes después analizarán los datos.

Yuki recogió el estuche caído en la popa y se dirigió al periodista.

—No es que me importe, pero creo que debería comprobar el contenido de este estuche. Por lo que yo vi, cayó desde una altura de unos cinco metros.

—¡Aaaah! —gritó el periodista, lanzándose como un rayo hacia la caja—. ¡Maldición! ¡Mi cámara de fotos!

Al abrir el estuche y extraer el contenido, una expresión de desaliento recorrió su rostro. La cámara tenía el cañón del objetivo totalmente doblado.

—Hay que ser bobo... ¿A quién se le ocurre guardar la cámara con la mira telescópica puesta mientras baja de un helicóptero? —comentó Yuki.

Pero el periodista, con la despreocupada risa propia de los jóvenes, se recuperó enseguida.

—Bah, es igual. Total, la cámara es de la empresa.

4

El Hokuto volvió a alcanzar una velocidad de veinticinco nudos y avanzó recto, siguiendo un rumbo casi coincidente con el sur.

Al norte, la forma de Hachijojima se iba hundiendo en el horizonte, tras la blanca estela del barco, mientras que por delante de este no se avisaba ni la menor sombra de una isla. Únicamente estaba esta nave que, dirigiéndose hacia el sur a una velocidad ligera que frisaba los cincuenta kilómetros por hora, se movía como si nadara en mitad de un gigantesco plato de agua redondo y con cierta convexidad en sus confines.

Onodera, para distraerse un poco, subió al puesto de observación y comenzó a mirar en las cuatro direcciones. Le pareció que, sin duda, la superficie del agua se combaba ligeramente en los bordes. Siendo así, el Hokuto podía verse como un pequeño coleóptero acuático que estuviera posado sobre una gigantesca bola de agua, pataleando con todas sus fuerzas para desplazarse poco a poco sobre una superficie de un diámetro cien mil veces mayor que el de su propio cuerpo.

El viento marino cargado de intensa humedad soplaba en torno a los oídos de Onodera y la marejada arreciaba. El Hokuto comenzó a balancearse. En dirección sursudeste se avistaba un pequeño cúmulo de nubes que quizá indicara una isla y en el horizonte de la dirección sudoeste aparecía una larga nube procedente del sur que se movía hacia el nordeste.

Aparte de eso, lo único que Onodera podía ver era el deslumbrante firmamento sobre su cabeza, de un azul rabioso. En medio de aquel vasto espacio, el sol ardía abrasador y el cielo, como un vidrio azul que se derri-tiese, vomitaba su hálito de fuego sobre el mundo a sus pies. El sonido de las olas al ser rasgadas por la proa del barco, el aullido del viento en sus oídos y el ruido de las turbinas de gas que rugían bajo sus pies en las entra-ñas de la nave se combinaban con el deslumbrante reflejo del sol sobre la superficie del mar y la luminosidad que llegaba de las alturas para arras-trarle poco a poco hacia un sueño de destellos plateados.

Le pareció oír a alguien gritando y bajó la vista de golpe, encontrándo-se con que el profesor adjunto Yukinaga tenía el rostro alzado hacia él. Se diría que el volumen de los gritos del profesor intentaba competir con el del viento y el oleaje.

—¡Ah, así que estabas ahí! ¿Se ve algo?

—¡Hay un banco de peces voladores! —gritó Onodera a su vez—. Se ven también desde ahí, ¿no?

Entre las olas azul oscuro, como si fueran signos de exclamación, una serie de destellos plateados saltaban uno tras otro y, tras cabalgar en el viento unos instantes, volvían a desaparecer bajo las aguas. Aquel panora-ma de incontables flechas plateadas que surgían del agua, trazaban un suave arco y volvían a desaparecer, daba la impresión de ser el aliento que exhalaban las olas. O también podía sugerir la idea de que el mar repetía una y otra vez un mudo gesto de sorpresa ante ese barco que, a pesar de su aparente fragilidad, surcaba sin descanso sus aguas a alta velocidad. Cuan-do, tras un tiempo, cesó aquel desfile de pececillos relucientes como cer-batanas de plata, fueron sustituidos por unas formas que debían ser dece-nas de veces mayores y que refulgían con destellos rojos y azules. Emergían poderosas sobre la superficie del mar y, con un aspecto inesperadamente suave, sin levantar apenas espuma, se zambullían entre las olas.

—Son lampugas —dijo Onodera.

—¿Cómo dices? —preguntó el profesor Yukinaga girando la oreja hacia lo alto.

—Lampugas. Persiguen a los peces voladores.

—¿Un tipo de delfín?

Onodera negó con la cabeza. Sin embargo, cuando echó un vistazo a sus espaldas, allá a lo lejos, en dirección noroeste, evolucionando en círcu-los entre las olas y con aspecto de estar divirtiéndose enormemente, se veía un grupo de animales de reluciente color negro, similares a ágiles babosas.

Y, un poco más lejos, al norte, se distinguían los resbaladizos lomos de unas enormes ballenas que, cortando la superficie marina, expulsaban chorros de aire cargados de agua salada.

El paralelo 33 quedaba ya lejos a sus espaldas y habían entrado en la región subtropical, donde las corrientes marítimas se movían en dirección norte. A partir de ese punto, más allá del horizonte al que enfilaba la proa de este pequeño pero firme y decidido barco, se extendían los archipiélagos de las Marianas y las Carolinas, donde todo el año era verano, y después las islas que quedaban en torno a la abrasadora franja del ecuador que circundaba la Tierra. Y todavía más al sudeste... Hasta el lejano extremo de Sudamérica, el cabo de Hornos, a donde llegan los témpanos flotantes, a excepción de un puñado de islitas semejantes a motas de polvo, todo lo que se encuentra es una extensión curva de agua y más agua. Con una superficie total de ciento sesenta y cinco millones de kilómetros cuadrados y una profundidad media de cuatro mil trescientos metros, es el mayor océano del mundo. En la franja del ecuador, abarca de este a oeste unos ciento ochenta grados de los meridianos, extendiéndose casi a lo largo de la mitad del globo terráqueo; en cuanto a los paralelos, llega desde las regiones polares del norte hasta las del sur, cubriendo los ciento ochenta grados de latitud. Este inmenso océano, por sí solo, ocupa casi la mitad de nuestra superficie marítima y un tercio de la superficie total del planeta. Aun cuando sumásemos la superficie de toda la tierra emergida, sería inferior a la de este océano en unos veinte millones de kilómetros cuadrados.

El profesor Yukinaga agitó una lata de cerveza que tenía en la mano, volviendo a gritar.

—¡Eh! ¿No quieres bajar? ¡Está fresquita! Vente a echar un trago.

Onodera se quedó unos segundos mirando la antena del radar que daba vueltas frente a su nariz y bajó del puesto de observación. Yukinaga, recostado contra la barandilla de cubierta, se llevó la lata de cerveza a la boca. Cuando Onodera abrió una fresca lata con su mano sudorosa, saltó un chorro de espuma que al instante fue barrida por el viento y fue a juntarse con la de las olas.

—¿Dónde anda Yuki? —preguntó Onodera tras echar un trago y quitarse de un manotazo la espuma que le rodeaba los labios.

—Está durmiendo en el camarote. Junto con el plumillas que embarcó antes. Por lo visto, el tipo se ha mareado.

—¿Y el doctor Tadokoro?

—Se ha metido en el cuarto de transmisiones y está dando la tabarra

al operador. Como el cuerpo principal de la expedición ya ha llegado a destino, está ansioso por recibir sus informaciones.

—¿Ya han empezado a bucear los hombres rana?

—Parece que todavía no. Según cuentan, primero harán una exploración de la superficie marina y después se retirarán un tiempo a la isla de Torishima.

Onodera se terminó la lata de un trago y luego la lanzó como una flecha hacia las olas.

—Torishima... Ahora que lo dices, ahí trabajan unos empleados del Servicio Meteorológico, ¿no?

—Creo que eso era en Aogashima —contestó el profesor mientras se ponía la mano a modo de visera para mirar un grupo de nubes sobre el horizonte de la dirección este—. Bueno, creo recordar. Vamos rápido, ¿eh? Siguiendo esta marcha, antes del anochecer habremos llegado a Torishima.

—¿Y eso? —preguntó Onodera señalando hacia la proa—. ¿Qué será? ¿Un barco?

En el horizonte, casi en la línea de la dirección sur, se veía ascender una pequeña columna de humo negro. La parte superior, empujada por el viento, se inclinaba hacia el nordeste.

El profesor entrecerró los ojos.

—No es un barco. Creo que es una erupción volcánica. Debe ser en las Rocas Bayonnaise.

—¿La caldera de Myōjin-shō?

—No, no lo creo. Últimamente ha remitido mucho la actividad de Myōjin-shō. En cambio, el atolón de Smith ha comenzado a dar síntomas de erupción por primera vez en medio siglo. Ciertamente, ha habido casos recientes de fumarolas volcánicas en las rocas Bayonnaise. Quizá no pase mucho tiempo antes de que en ese entorno se forme una isla de cierto tamaño.

Onodera recordó que de niño había visto las noticias sobre la erupción del Myōjin-shō. Fue hacia... sí, si no recordaba mal fue en el año 1952 (¿cuánto tiempo había pasado ya!). En aquel entonces, el fondo de aquel océano cubierto por una apacible superficie vomitó de repente una masa de fuego, humo y lava. Recordaba cómo el fuego ardía sobre la superficie marina y el humo salía directamente del agua. ¡Qué impresión tan profunda le causaron las fotografías del fenómeno! Además, poco después, una nueva explosión se llevó por delante el barco científico Kaiyō-maru N.º 5, causando la muerte de sus treinta y un tripulantes. Un punto de la plana superficie de este suave y frío océano al que se calificó de «pacífico», de

pronto escupió una bocanada de humo y fuego en esta zona donde no se avistaba isla alguna.

Todavía hoy, Onodera se estremecía al recordar un fenómeno tan extraordinario e inesperado. ¡Qué cosa tan impresionante! Le pareció que en su interior revivían los latidos de emoción del corazón de aquel muchacho de entonces y murmuró: «¡Qué llena de misterios está la naturaleza! Los seres humanos, en esencia, apenas comprendemos su funcionamiento».

El profesor Yukinaga, a su vez, con el viento azotando sus mejillas ya un tanto enrojecidas, contestó en el mismo tono.

—Y Torishima... Lo de allí también fue tremendo. En 1886 hubo una gran erupción y la montaña que se alzaba en el centro de la isla se desintegró. En un abrir y cerrar de ojos murieron ciento veinticinco personas y el aspecto de la isla cambió por completo.

—Parece que ahora la actividad del corredor volcánico vuelve a incrementarse, ¿no?

—Las islas de Izu-Oshima, Miyake, Aogashima... Y ahora hay rumores de una posible erupción también en la península, en Amagi. Por lo que sabemos hoy, entre todas estas señales de actividad volcánica no hay ninguna relación aparente. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

—Pues que, sea como sea, puesto que las cadenas volcánicas se forman en torno al cinturón orogénico y las líneas tectónicas, no se puede negar por completo una relación con la alteración de la línea tectónica vista como un todo.

Durante un tiempo, ambos permanecieron en silencio, contemplando la superficie del mar.

El barco navegaba ahora siguiendo la línea recta que discurría por encima de la cadena volcánica submarina del Fuji que, arrancando del centro del país, se extendía hacia el sur. Esta cadena comenzaba en la zona de Honshu, isla principal de Japón, con picos como el Hakuba, Hida y Norikura, para seguir por el Asama y el Fuji, siempre en dirección sur, y después pasaba por Hakone, Amagi, el archipiélago de las Izu, Aogashima, las Rocas Bayonnaise, Torishima y, todavía más al sur, el archipiélago de Iwo-jima, llegando casi al trópico de Cáncer y formando un cinturón de fuego de entre mil seiscientos y mil setecientos kilómetros de longitud. En la parte superior de esa cadena, espaciadas aquí y allá, asomaban las cimas de una serie de volcanes submarinos nacidos del lecho oceánico a cuatro mil metros de profundidad.

La cálida y límpida corriente marina del Kuroshio, de un color azul negruzco, discurría a toda velocidad de sur a norte, lavando los cimientos volcánicos de las rocas de aquellas pequeñas islas que parecían granitos de arena dispersos en la inmensidad circundante. Esta corriente, procedente de los cálidos mares del sur, transportaba corales, peces tropicales, algas, pájaros y semillas de plantas, que luego iba depositando a lo largo de las islas. Se trata de una corriente que reúne sus aguas a partir de los deslumbrantes mares tropicales al norte del ecuador, forma primero un haz y luego se dispersa en un abanico que acaricia todo el flanco sur de Japón para dirigirse a continuación hacia la costa opuesta, la de Estados Unidos. Es «el gran río negro que cruza el océano» y que alcanza en su extremo oriental la línea que divide las tierras septentrionales de las meridionales.

Por su parte, este conjunto de desperdigadas islas montadas sobre la gigantesca cadena volcánica submarina, a decir de algunos científicos, debería considerarse como la verdadera costa oeste del Pacífico y, al igual que un camino de piedras salteadas a través de un jardín, se extiende desde el norte del ecuador hasta las islas volcánicas frente a las tierras continentales del Ártico. Después, por el norte, una cadena volcánica diferente arranca de la península de Kamchatka que cuelga del extremo nordeste de Siberia, y se prolonga por el archipiélago de Chishima (Kuriles), Hokkaido y Tohoku hasta llegar al centro de Japón, formando un gigantesco pliegue que luego se desvía hacia el sur por las islas volcánicas del Fuji, las Ogasawara y, finalmente, las Marianas y Palao. Este larguísimo pliegue que continúa por las negras profundidades marinas va a desembocar en el arco de Java y Sumatra.

Por su parte, la estructura de pliegue submarino corre después por el hemisferio sur desde los archipiélagos de Tonga y Kermadec hasta Nueva Zelanda, formando un gran arco. Quizá, tomando la idea de la cordillera Dorsal atlántica, que recorre el océano Atlántico de norte a sur, podríamos llamar a esta otra cordillera dorsal del Pacífico o quizá también «el litoral hundido».

La estructura del fondo del mar difiere a este y oeste de esta cordillera submarina. Además, lo que resulta más curioso es que, incluyendo los pliegues más cercanos al continente asiático, la zona exterior del arco está en todas partes sembrada de profundas fosas abisales. Fosa de las Kuriles, fosa de Japón, fosa de Izu-Ogasawara, fosa de las Marianas, fosa de Java, fosa de Tonga-Kermadec y, más próximas al continente, la fosa de las Ryukyu o la fosa de las Filipinas. Además, en la parte superior de la pecu-

liar cordillera submarina encontramos todo tipo de agrupaciones con nombres como «el anillo de fuego del Pacífico», «la zona sísmica de las orillas del Pacífico», o «la zona volcánica de las orillas del Pacífico», que se distribuyen por este «litoral hundido»; por si fuera poco, a lo largo de este circuito que discurre hacia el sur, llegan también a Japón los tifones.

—Es curioso... —murmuró Onodera como ensimismado mientras miraba la negruzca superficie del mar que se agitaba furiosa.

—¿El qué? —preguntó el profesor Yukinaga mientras se esforzaba por encender su tabaco en lucha contra el viento.

—Pues que..., pensándolo bien, en la misma ruta que seguimos nosotros se producen realmente un buen número de fenómenos naturales.

El profesor, después de estrujar el cigarrillo que había terminado empapado por las salpicaduras y arrojarlo al mar, asintió.

—Sí, tienes razón. Precisamente estaba pensando lo mismo.

Onodera encendió con habilidad el segundo cigarrillo que había sacado Yukinaga y prosiguió:

—Me recuerda «el camino sobre el mar» del que hablaba el escritor Kunio Yanagita. Porque aquí también tenemos una especie de autopista que circula por la cadena volcánica. Las personas que los registros antiguos llaman «demonios» y que vivían en las islas de Izu probablemente eran nativos micronesios que, gracias a los vientos del sur y la corriente Kuroshio, llegaron de alguna manera hasta allí.

El profesor respondió mientras daba una calada tras otra con expresión placentera.

—Sí, cierto... El *skyline* de la cordillera submarina del Pacífico, podríamos llamar a esa autopista.

Los dos se echaron a reír.

—No es cosa de risa.

De pronto, un vozarrón sonó a su lado. El doctor Tadokoro, que por lo visto se había cansado del camarote, estaba de pie junto a ellos con sus gruesos y velludos brazos cruzados.

—En mi opinión todo es lo mismo, ya se trate de personas, vegetales o coral. Si hay cerca alguna protuberancia, siempre hay algo que se enreda en torno suyo. En el caso de las primeras formas de vida, por ejemplo, lo más probable es que no se formaran sin más en el medio acuático, sino que, sencillamente, un coloide macromolecular se enganchase en una superficie rugosa a escala molecular y, debido a que quedó fijado allí, por primera vez se creó una molécula de proteína compleja. Seguro que fue algo así.

—Bueno, ya ha comenzado una de esas magistrales teorías del doctor... —se rio el profesor Yukinaga.

—No veo dónde está la gracia. A ver, tú, Onodera era tu nombre, ¿no? ¿Tú qué crees? ¿Qué diferencia ves entre que el carbonato cálcico se aglutine y forme el armazón de un esqueleto en el caso de un arrecife de coral o en el de uno de esos seres humanos⁴ que construyen ciudades modernas de hormigón?

Onodera asintió con toda seriedad.

—Ya entiendo... Desde ese punto de vista, significaría que el patrón que sigue la evolución de la especie humana y el destino que nos depara el futuro son algo que ya viene escrito a lo largo de los cuatro mil millones de historia de la vida sobre la Tierra, ¿no?

—Pero no solo eso. En mi opinión, desde la evolución de las partículas elementales hasta la evolución de todo el cosmos, los estadios son diferentes pero guardan un parecido extremo, hay una especie de patrón común oculto en todo el proceso. Por cierto, Yukinaga, con respecto a esa «ruta de fuego del Pacífico» de la que hablabas ahora, ¿tú crees que esa estructura submarina en forma de arco son las huellas de un movimiento orogénico que ya finalizó o por el contrario el anuncio de un movimiento orogénico que está a punto de comenzar?

—Pues no lo sé —repuso el aludido con expresión contrariada y negando con la cabeza—. A decir verdad, faltan datos. Pero por la impresión directa, mi impresión es que la zona del arco de las Ogasawara a las Marianas es el anuncio de un movimiento orogénico que está por suceder. Hay que tener en cuenta que el movimiento orogénico del Cenozoico y el Mioceno tuvo lugar en los alrededores del continente.

—Es decir, la teoría de que los movimientos orogénicos se van desplazando hacia el este, ¿no? Si se te ocurre decir eso delante de tu jefe de investigaciones, va a empezar a dejarte de lado —le contestó el doctor Tadakoro en tono de burla.

El profesor Yukinaga pareció extremadamente azorado.

—No, no, lo dije por decir. No llega ni a la categoría de ocurrencia. Olvídense de lo que he dicho. Sea como sea, no se puede afirmar nada mientras no finalice la exploración del fondo submarino del Pacífico occidental.

⁴ El autor incurre en un error muy frecuente. En el caso del esqueleto humano no se trata de carbonato cálcico, sino de fosfato cálcico.

Pero el doctor Tadokoro insistió con malicia.

—Entonces, por el momento, lo más cómodo es suponer que el pliegue del arco submarino del océano Pacífico es un producto de los movimientos orogénicos del Supracenoico y el Mioceno, ¿no es así? ¿Hacemos una apuesta? En el futuro, entre la zona del archipiélago de las Ogasawara y el de las Marianas se producirá un gigantesco movimiento orogénico y surgirá ahí una gran isla, de manera que la cuenca marina de Filipinas se convertirá en un mar interior. El mar de Okhotsk, el Mar de Japón y el mar de la China Oriental se convertirán en lagos aislados, o quizá alguno de ellos en praderas. Además, la llanura central del sudeste chino se volverá de clima continental y se desertizará.

—¿Y quién va a ser el juez del resultado de dicha apuesta?

—Pues los humanos de dentro de diez millones de años. Si el movimiento orogénico se está acelerando, creo que con diez millones de años será suficiente. Claro que eso siempre y cuando para entonces siga existiendo la especie humana.

Tras su comentario, el doctor Tadokoro soltó una carcajada.

—Pero antes de eso...

Sin embargo, sin dar tiempo a que el profesor Yukinaga terminase de hablar, en el fondo del navío sonó un golpe sordo.

—¿Eh? ¿Hemos chocado con algo? —dijo el doctor Tadokoro mientras se asomaba por la borda y miraba el agua.

—Es raro. No recuerdo que por esta zona hubiera ningún arrecife —repuso Yukinaga.

Entonces una bocanada de aire, silenciosa, golpeó su rostro. Acto seguido, un sonido similar a un lejano cañonazo llegó vibrando a través de la superficie del agua.

Se oyeron unos gritos procedentes del puente de mando y después un ruido de pasos apresurados por las escalerillas y por la cubierta.

—¡Una erupción!

Yuki, que por lo visto había despertado en algún momento, gritaba en la cubierta por encima de donde estaban ellos tres. Aquel joven periodista llamado Tatsuno apareció a la carrera preguntando a todo el mundo.

—¿Dónde ha sido? ¿Estamos a salvo? ¡Maldita sea! Si no se me hubiera roto la cámara...

—Usa la mía —le dijo Onodera—. Está metida en la bolsa que he dejado en ese banco. Eso sí, el tamaño es la mitad de la otra.

Por aquel entonces ya se había reunido un buen número de gente en

la cubierta superior. Los marineros no paraban de señalar en dirección este-nordeste mientras gritaban algo.

Aquellas Rocas Bayonnaise que acababan de dejar atrás estaban expulsando con gran estruendo una humareda de color marrón grisáceo. En el espacio entre el humo y el agua se veían unas rojas llamaradas. La superficie del mar en esa zona había cobrado un aspecto blanco grisáceo debido a las rocas y cenizas que llovían sobre ella.

—¡Doctor Tadokoro! —gritó el capitán desde el puente—. ¿Qué le parece? ¿Hay peligro?

El doctor Tadokoro, sin que nadie se hubiera dado cuenta hasta entonces, estaba mirando por unos prismáticos.

—Por una erupción de ese calibre, no hay problema. Además, estamos bastante apartados. Lo mejor que podemos hacer es avisar a los barcos que pueda haber por las cercanías y apresurarnos hacia nuestro destino.

El profesor Yukinaga tomó prestados los prismáticos y, tras echar una ojeada, comentó sorprendido:

—¿Eh? Parece que la zona del Myōjin-shō también está expulsando vapor. Pero, ciertamente, no parece una erupción importante. No es como para que se forme una nueva isla.

—¿El choque de antes fue un tsunami? —preguntó Onodera.

—Seguramente, pero también de poca intensidad. Creo que, como mucho, se notará algo en Aogashima —repuso Tadokoro.

Onodera tomó prestados los prismáticos que tenía el profesor Yukinaga y miró a su vez. Unas llamaradas de color naranja ardían sobre la superficie del mar en varios puntos. Se veía cómo la parte superior de las rocas saltaba por los aires de tanto en tanto. Pasado un tiempo, la superficie del agua burbujeo y la humareda marrón junto con el vapor blanco fueron apagando las llamas. La oscura columna de humo siguió ascendiendo hacia los cielos mientras que parte de ella se arrastraba por la superficie del mar y fragmentos de roca volcánica al rojo vivo o lava llovían como granizo. La zona del mar por donde se extendía el humo hervía espumosa. De vez en cuando se escuchaban explosiones sordas, que hacían retemblar las aguas marinas.

—Tal y como pensaba, no es gran cosa —repitió el doctor Tadokoro—. Miren, ya está remitiendo.

Ciertamente, tal y como decía el doctor, en la parte inferior el humo se iba disipando. Sin embargo, mirando de nuevo con los prismáticos se podía advertir que entre las rocas se había formado algo similar a un bajío que todavía expulsaba unas llamaradas con forma de brocha.

De pronto, el casco del barco pareció inclinarse bruscamente hacia delante. Por lo visto, el Hokuto había aumentado todavía más su velocidad y ahora las olas que cortaba la delantera salpicaban ambos flancos de la cubierta de proa. La espuma impactaba en el rostro con una fuerza hiriente y el casco del barco, con grandes vaivenes hacia arriba y hacia abajo, comenzó a vibrar. No se veía ya ningún marinero en cubierta y el rugido de las turbinas de gas, similar al de un monstruo en su caverna, se intensificó.

—Según informa el barco de exploración, se ha adelantado la hora del encuentro —anunció el capitán bajando del puente de mando—. Y también ha cambiado el punto de reunión. Ahora será en los alrededores de la isla que se hundió. Después de que se reúnan todos allí, este barco ha recibido órdenes de evacuar al personal de observación meteorológica que trabaja en Torishima.

—¿Torishima? ¿Es que han aparecido también allí síntomas de erupción inminente? —preguntó el doctor Tadokoro con voz un tanto chillona.

—Nosotros no sabemos nada de eso. Pero al parecer ha habido una petición del director del centro de observaciones meteorológicas, que informa de situación de alerta y ha pedido abandonar la isla. Por favor, regresen a sus camarotes. Van a terminar empapados en cubierta y el barco se bamboleará todavía más.

Mientras ponía ya el pie en la escalerilla para regresar al puente de mando, el capitán añadió:

—Ah, por cierto, el tsunami de antes por lo visto no guarda relación con la erupción de ese volcán submarino, sino que se debe a un maremoto producido al este de la fosa de Ogasawara. Nos acaba de llegar un aviso.

Por algún motivo, al escuchar aquello, el doctor Tadokoro frunció el ceño con fuerza.

Entonces, acercándose desde la popa con el cuerpo totalmente empapado y chorreando agua salada de la cabeza a los pies, se acercó el periodista Tatsuno, con expresión lastimera.

—Señor Onodera... Lo siento mucho. Justo cuando estaba enfocando, llegó una ola enorme y se llevó la cámara...

Onodera, de pie junto a la escalera de bajada a los camarinos, se quedó mirando fijamente a aquel periodista con aspecto de gato empapado. Después, con una sonrisa, le dijo:

—Pues nada, págamela y ya está.